

SERMON  
DE LA  
ANUNCIACION DE MARÍA SANTÍSIMA  
Y  
LA ENCARNACION DEL VERBO.

(DE GONZÁLEZ.)

*Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.*  
Hé aquí la esclava del señor, hágase en mí segun tu palabra.

*S. Lucas, c. 1. v. 38.*

Cuán admirables son, Señor, vuestras obras! no extraño que la curiosidad en examinarlas haya dado con la orgullosa razon en el precipicio del error: no extraño que el entendimiento haya graduado de locura el misterio grande de vuestra sabiduría, no pudiendo resistir á la demostracion clarísima de la verdad. Un Hombre-Dios! ¡qué limitada es la capacidad de la razon humana para una idea tan grande! Un Hombre-Dios! Desciendo, ó luz de los cielos; ven, divina luz; disipa las tinieblas que oscurecen mi débil entendimiento: palabra de Dios, verdad eterna, aleja de mi alma el espíritu del error empeñado en seducirla. Religion santa, abate la soberbia de mi corazon: habla, verdad pura, hálbanos desde ese majestuoso trono, en que te dignas descubrirte al humilde y limpio de corazon; y nadie será tan osado que llegue á dudar de tus palabras.

Los oídos fieles perciben una dulce voz que saliendo de ese glorioso tabernáculo les dice, *el Verbo de Dios se hizo hombre.*

Adoremos humildemente postrados en su presencia la Majestad suprema que nos habla; rindámosle el obsequio debido de una fe sincera, y creamos ingenuamente sus misterios superiores sí, mas no contrarios á la razon. *El Verbo de Dios se hizo hombre*; y á la manera que unidas en el hombre dos naturalezas diferentes, que son alma y cuerpo, forman un solo individuo que participa de las cualidades de ambas; así unidas con la mayor intimidad las naturalezas divina y humana, constituyen una sola persona, un solo Cristo, en que indefectiblemente se hallan las perfecciones de Dios y las miserias del hombre. Este único ser es eterno, porque es Dios, y ha empezado á ser en tiempo, porque es hombre; es criador de todas las cosas, porque es Dios, y recibe la vida de una de sus criaturas, porque es hombre. Por aquella union admirable nace el que vive desde la eternidad; muere el que es inmortal por naturaleza, y es hijo de una mujer, aunque vírgen, el que no puede reconocer otro principio que el eterno Padre. Sella tus labios, blasfemo Nestorio, y convéncete de que María es propiamente madre de Dios, y Dios con toda verdad hijo de María. Ni aquella excelsa dignidad es incompatible con la idea de criatura, ni esta profunda humillacion es repugnante á la idea de Criador. Es admirable, sí; y yo no sé de qué me admire mas, si de la suma dignacion de un Dios que se humilla haciéndose hijo de una vírgen, ó de la suma elevacion de una criatura, que es engrandecida hasta ser madre de su Dios; si de un Dios que no se envilece haciéndose inferior al hombre, ó de una mujer que no se engríe, viéndose superior al mismo Dios: todo me admira, me confunde, me edifica. Veo allí el mayor exceso de la misericordia y amor de Dios para con el hombre; y aquí el ejemplo mas eficaz de sumision y reconocimiento del hombre para con Dios; y estos serán los principales objetos de la sencilla exposicion que pienso haceros del Evangelio que habéis oído, porque nada es mas propio de un misterio que compendia toda la economía de la Providencia para la salvacion del hombre.

Haced, Dios mio, que hable á mis oyentes con vuestras palabras, no con las mías; que promueva el interes de sus almas y la gloria de vuestro santo nombre; que los obligue á invocaros y á haceros habitar en su corazon, como habitasteis en el seno de María, por cuya intercesion os lo ruegan y esperan conseguirlo. *Ave Maria.*

Llegado era ya el tiempo tantas veces anunciado por los profetas; el cetro de Israel ya no existía en la casa de Judá; espiraba el tiempo señalado á Daniel para las calamidades que tanto le afligian. El reino de la paz admirable, que Isaías habia prenunciado, indicaba ya la que desde los cielos habia de traerlos su glorioso Príncipe; los oráculos del gentilismo enmudecian; redoblaban sus gemidos los patriarcas, sus oraciones los justos, sus inquietudes el infierno: el mundo todo parecia estar en ansiosa expectativa; cuando plugo al Señor hacer la mayor ostentacion de sus benéficas misericordias para con el hombre. Gabriel, el glorioso arcángel, que con esta sola esperanza habia colmado de consuelo á un profeta sumido en la afliccion; Gabriel, el feliz mensajero de la corte celestial, en que se habia celebrado el gran consejo; Gabriel se presenta á una ilustre vírgen descendiente de los reyes de Judá, pero que nada conservaba del esplendor de su linaje; á una vírgen sepultada en el retiro de su habitacion y enteramente desconocida del mundo; á una vírgen pobre y humilde, que en nada pensaba ménos que en ser la escogida del Señor para el asombroso misterio de sus misericordias; á la vírgen María, amada esposa del justo José; á esta vírgen se presenta el arcángel, y mirando en ella una dignidad, un heroísmo, una gloria á que jamas habia llegado criatura alguna, y penetrado de admiracion y respeto le dice: « Dios te salve, llena de gracia; contigo es el mismo Dios, y tú eres y serás eternamente entre todas las mujeres el principal objeto de las mayores bendiciones. »

¿Qué extraña é inusitada salutacion es esta, que proferida en un ángulo escondido de la tierra, resuena con admiracion en todo el orbe? Aún Daniel se me figura que la oye desde el subterráneo seno de Abraham, por estar acostumbrado al eco dulce de aquella voz; la escucha con la mayor atencion; percibe claramente su sentido, y arrebatado de júbilo lo anuncia á todos aquellos inconsolables justos. Qué feliz trasformacion! la tristeza se destierra de aquel lúgubre calabozo, en el que solo se derraman lágrimas de ternura y alegría; los gemidos y suspiros se convierten en himnos festivos de alabanzas y bendiciones, y llenos de gozo aquellos patriarcas no cesan de darse mutuos parabienes por su redencion y felicidad. El infierno se sobresalta, se aterra examinando los sagrados oráculos, y sintiendo sobre sí la firme planta de la heroína que ha de abatir su

orgullo: una rabiosa desesperacion se apodera de aquellos malignos espíritus, y desde este momento dirigen sus infernales tiros contra esta gloriosa vírgen y contra el fruto bienaventurado que ha de dar su vientre. En los cielos resuenan los solemnes cánticos con que celebran los ángeles el triunfo de su Dios, y alabando su bondad y misericordia, le rinden humildes gracias á nombre de los cautivos que miran ya como redimidos enteramente. La tierra, oh! la tierra desde aquel instante no ha cesado de repetir estas dulces palabras, á las que justamente reconocida atribuye toda su libertad y gloria.

Desde aquel instante, sí; los mejores críticos no reconocen otro origen de tan solemne festividad, que el religioso celo con que por todo el discurso de su vida empleó María este dia memorable en manifestar á Dios su gratitud por tan soberano beneficio: de María lo aprendieron los apóstoles, y estos lo enseñaron á todos los fieles de su tiempo. La Iglesia universal ordena que todos los cristianos adoren al Señor en este dia, postrándose cuando en el tremendo sacrificio les recuerda este misterio: la del Oriente exime á sus hijos del precepto del ayuno, que por ley general los obligaba, para celebrar esta festividad con mas completo regocijo; y nosotros renovamos de tiempo inmemorial con la mayor solemnidad la memoria de tan augusto misterio, dando la gloria y bendicion á ese Dios omnipotente, que por su amor se dignó hacerse hombre; las gracias y alabanzas á María, que por nuestro bien se prestó con la mayor sumision á los decretos de la Providencia; y un eficaz y poderoso ejemplo de piedad, de gratitud y de religion á los demas cristianos. Sola María se turba al oír una nueva que disipa la turbacion de todos los mortales. No es nueva para ella la vista de los ángeles; no le es desconocido el misterio que se le anuncia: tal vez en aquel mismo momento meditaba con la mayor atencion la profecía de Isaías, que tan abiertamente lo declaraba; pero no le habia ocurrido la idea de que seria ella la escogida entre todas las vírgenes para tan alto designio: su alma grande no podia ver su propia grandeza; abismada en la humilde consideracion de su nada, era incapaz de concebir una idea tan grandiosa. Sin atreverse á responder al enviado del Señor, medita, reflexiona en el silencio sus palabras. Oye que se la colma de bendiciones y alabanzas; pero estas, dice san

Agustin, son una persecucion demasiado terrible para el justo ; son un tormento mas cruel para el humilde , que las injurias mas atroces para el soberbio.

Las alabanzas, la adulacion, incautas jóvenes, son el cebo que oculta los lazos armados contra vuestra virtud ; son por lo comun los primeros y mas seguros tiros para derribar la fortaleza de vuestra inocencia. ¡ Con qué astuta malignidad ponderaba Lucifer á nuestros primeros padres la dignidad y perfeccion de su naturaleza ! ¡ cómo procuró persuadirles á que todo se les debia, y que era una injusticia prohibirles aquella fruta ! Pero ay ! ¡ cuán lamentable les ha sido á ellos y á toda su miserable descendencia el resultado de aquella vil adulacion ! Madres cristianas, no celebréis los elogios que se tributan á vuestras hijas en su presencia : teméd que este es el escollo en que se han estrellado los buques mas fuertes , si no queréis llorar luego la imprudencia de no haberlas apartado en tiempo de un peligro tan temible. Quién mejor que María ha merecido las alabanzas ? y á pesar de eso las temió extremadamente.

Un ángel es quien la engrandece. Qué reflexiones arroja de sí esta circunstancia ! mas yo no sé qué especie de temor sella mis labios y me obliga á sofocarlas en el interior. Aún vuestros ángeles, Señor, son temibles cuando nos alaban ; y tal vez para mejor seducirnos se fingen ángeles de luz los malignos espíritus de las tinieblas. Por eso sin duda se turba María : medita en el silencio el sentido y el fundamento de aquellos elogios, y no se atreve á responder una sola palabra hasta que se le manifiesta todo el misterio. No temas, Señora, le dice el glorioso arcángel ; tu alma purísima se ha llevado las atenciones de todo un Dios : tú eres entre todas las criaturas la mas bella, la mas graciosa á sus ojos ; tú eres la escogida para la obra que ha de llenar de asombro á todo el universo ; tú eres aquella dichosa virgen, con cuya promesa los santos profetas han enjugado las lágrimas, y han reanimado la esperanza de todos los mortales : tú, como ellos lo anunciaron, vas á concebir y parirás un hijo, á quien pondrás el nombre dulcísimo de Jesus, porque ha de ser el salvador de los infelices hijos de Adan. Hé aquí el fundamento de tu gloria ; este hijo será el grande por excelencia ; el hijo natural del Altísimo ; el rey escogido desde la eternidad, para sentarse en el excelso trono de David, y fundar el imperio

mas poderoso y firme ; un imperio que nunca verá su fin, porque durará una eternidad de siglos despues de la consumacion de los tiempos ; un imperio...

Ah ! el mismo arcángel, dice san Pedro Crisólogo, se admira, se pasma al dar una nueva tan feliz ; como que ve con envidia la gloriosa suerte de una criatura corpórea, por la que es elevada á la cumbre del honor, á la que no puede aspirar el mas encumbrado serafin ; de una criatura miserable que va á dar el ser á su mismo Criador. Por esa razon le da con toda verdad el glorioso título de *llena de gracia*, porque un Dios que la destinaba á ser madre suya, no podia ménos de adornar su alma con todas las gracias correspondientes á su elevacion ; llena de gracia, porque no era posible que le permitiera ser vil esclava de la culpa, aún por un solo instante ; llena de gracia, porque se reunieron en ella cuantos privilegios poseyeron separadamente los hombres y los ángeles ; llena de gracia, porque concebía en su casto seno al divino Salvador, origen fecundo y único de donde se derraman todas entre los hombres ; llena de gracia, porque ella iba á ser el único conducto por donde se comuniqué siempre á los mortales este don soberano de los cielos.

Sí, se comunicará siempre : en tanto que el mundo dure participarán los hombres de este imponderable beneficio ; y cuando se disuelva, gozarán de sus frutos en una bienaventurada inmortalidad. Este reino celestial no tendrá fin : ya no existen sino en la memoria de los hombres los grandes imperios de los babilonios, de los medos y persas, del griego y de la soberbia Roma ; pero jamas perecerá el reino de Jesucristo. El mundo se ha conjurado contra él en todos tiempos : el ignorante judío trabajó con la mayor obstinacion para sufocarlo en la cuna ; el idólatra cruel se empeñó en ahogarlo con su inocente sangre sin haber salido de la infancia ; el orgulloso hereje lo hizo ya gemir y se gloriaba de no ver mas que arrianos sobre la tierra ; la secta del sanguinario Mahoma y el cisma del ambicioso Focio le hicieron sufrir todo género de persecuciones ; los incrédulos de los últimos siglos se han valido de todos los medios posibles para minar sus cimientos ; las potestades infernales han agotado todos los recursos de su furor para destruirlo ; pero no hay poder, no hay sabiduría contra Dios. El infierno trabajará siempre con encarnizado furor contra él, pero en vano ;

Gabriel nos asegura que no tendrá fin; y el mismo Jesucristo nos promete que jamás prevalecerán contra él las potestades infernales (1). El infierno trabajará, sí, pero nunca nos privará de la dulce satisfacción de postrarnos delante de ese magnífico solio, en que para nuestro consuelo nos hará compañía su divino Rey hasta la consumación de los siglos. Tal vez obligado de la ingratitud é idolatría de su pueblo trasladará su dominación á otros países mas afortunados; mudará de terreno, mas no se disminuirá su poder.

Qué delicioso consuelo para el cristiano! como la escarpada roca que se levanta en alta mar ve inalterable sucederse las olas, nacer y morir las tempestades, cruzarse las embarcaciones, luchar esta con una furiosa borrasca, estrellarse aquella en un escollo; vencer uno á su enemigo y caer luego en manos de otro mas feliz; llegar este al deseado puerto, conservando ella siempre su inmóvil serenidad; y léjos de disminuirse con la sucesión de los tiempos, va adquiriendo muchas veces mayor elevación y mas sólida firmeza; así el reino del Salvador ve con indecible tranquilidad sucederse los imperios, alterarse los gobiernos, mudarse las dinastías, sin disminuirse en lo mas mínimo, ántes extendiéndose mucho mas su dominación con la revolución de los otros, mira con desprecio, se burla del empeño temerario con que aquellos miserables le hacen la guerra; y cuando envanecidos con alguna pequeña ventaja, que suele permitirles la Providencia del Señor, llegan á consentir una completa victoria, les sale al encuentro, los confunde, los hace desaparecer al imperio de esta voz: «temerarios! hasta aquí he dejado yo llegar vuestras encrespadas olas; pero no darán un paso mas, porque yo no quiero.»

No, cristianos, no hay resistencia, no hay poder contra la voluntad del Altísimo; y sin embargo aquella feliz y dichosa criatura se halla sobrecogida de temor, en el momento mismo en que es elevada á la suma dignidad de madre de este Dios omnipotente. Pero qué teme? ay! lo que solo ella es capaz de temer en semejante situación; el haber acaso de perder una joya que le es mas apreciable que todas las glorias del mundo. *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* Hé aquí el mas terrible de los combates que puede sufrir el justo: esta es

(1) *Matth. c. 16. v. 18.*

la prueba mas rigurosa que puede hacerse de la virtud. Yo tiemblo, me acobardo al considerarlo: el mismo arcángel se me figura que está turbado é inquieto, y que toda la corte celestial mira con el mayor interés una escena tan prodigiosa. No es Abraham el que se ve con el brazo levantado para sacrificar al unigénito, en cuya existencia funda todas sus esperanzas; es una justificada vírgen, constituida en el duro conflicto de sacrificar la virtud en las aras de la misma virtud. No, aquí no cabe la menor esperanza de que pueda resucitar el inocente Isaac despues de consumado el sacrificio: esta noble virtud que, segun el Crisóstomo, eleva al hombre sobre los ángeles y sobre todos los cielos, una vez muerta, no puede recobrar la vida. Qué lucha tan cruel para el tierno corazón de María!

Mas á quién se dirigen mis palabras? ¿cuántos justos habrá entre mis oyentes, capaces de sentir cuán doloroso sea este sacrificio, y cuán heroica la victoria? Qué hariais vosotros, cristianos, en iguales circunstancias? cómo os conduciriais vosotros, libres y desenvueltas jóvenes? cuál sería vuestra conducta, matronas envanecidas? Si el precio de vuestra virtud hubiera de ser una divina maternidad, ofrecida por el Santo de los santos, ¿retardaríais un solo momento el sacrificio? ¡Pobre Isaac, cuán breve sería el plazo de tu vida en tales manos! Pluguiese á Dios que fuera un freno bastante para conteneros saber que con aquel sacrificio se compra una desventura insoportable y eterna!

Y volviendo á María, cualquiera que sea su elección, se le presenta cercada de peligros. Resistir á los decretos del cielo; qué mayor delito? violar un pacto jurado y aceptado por el mismo Dios; qué crimen tan sacrílego! *quomodo fiet istud?* Arcángel santo, compadécete ya del cruel tormento que atraviesa el piadoso corazón de esa vírgen inocentísima: mírala como acongojada, abismada en su propia humildad; indecisa, pero firmemente resignada en la voluntad de Dios. Ella no tiene libertad mas que para obedecer, y se le mandan cosas contradictorias; *quomodo fiet istud?* Qué! te sirven de complacencia sus tormentos? Pero ¿quién es capaz de percibir cuánto se complace Dios en estos combates, cuando ve decidida la victoria por el partido de la virtud? No obstante ama tan de veras al justo, que no puede verle padecer por mucho tiempo. Satisfecho con las disposiciones que advierte en su corazón humillado, jamás

le dilatará mucho la merecida recompensa. Por eso visto ya el relevante mérito de María, determina sacarla de tantas inquietudes: con sola una expresion del arcángel se aclaran todas las dudas, queda libre de todos los cuidados, se le manifiesta con la mayor claridad su verdadera elevacion y grandeza. El Hijo santísimo, que vas á concebir, le dice aquel, será obra del Espíritu de Dios, y por lo mismo deberá llamarse lo que es en efecto, Hijo natural del Altísimo. Tú cumplirás exactamente tu promesa, y el Señor llenará los deseos de su misericordia: conservarás esa joya que tan justamente aprecias, y adquirirás el honor sublime para que Dios te ha elegido; tú serás la madre de su mismo Hijo, y tu pureza se conservará de tal modo, que serás siempre la virgen por excelencia.

Una mujer nacida sin madre llenó el mundo de miserias, de pecados y de muerte; y un hombre engendrado sin padre carnal nos trae todas las felicidades, la gracia y la vida verdadera. El Hombre-Dios es obra de solo Dios y de María; y hé aquí como el Señor dice á esta digna criatura los respectos mas extraordinarios, y que no podrian creerse, si la fe no fuera tan cierta. Es con ella como padre, á quien debe la vida; como esposo, de quien recibe la fecundidad; como hijo, á quien ha engendrado de su misma sustancia; como amigo, que le comunica todos sus bienes; como Dios, que la eleva sobre todos los seres criados. Y ¿no deberá ser el objeto de la admiracion, de los elogios y bendiciones de todos los pueblos, de todas las generaciones, de todos los siglos? Ay! la virgen María es madre de Dios: prodigio estupendo! prodigio incomprensible! prodigio sobre todos los prodigios! pero cuya verdad se demuestra con otro prodigio ya verificado.

Isabel, su prima, se ve libre del oprobio de la esterilidad, en el tiempo en que ya son por necesidad estériles las mujeres mas fecundas. La anciana Isabel, avisada por el mismo arcángel, se hace madre, cuando debilitada ya la naturaleza, era incapaz, sin un prodigio, de dar hijos á Zacarías; y este patriarca, que como otra Sara se burló de las promesas del cielo, pagó su necia incredulidad, perdiendo el uso de la lengua. Por este medio se hace conocer á María que no hay cosa imposible para Dios; por este medio evidencia el ángel ser mensajero de los cielos; hace palpar la infalible verdad de sus promesas, y exige el mas humilde, pero el mas feliz consentimiento de María.



*Ecce ancilla Domini*, dice esta; *fiat mihi secundum verbum tuum*: por mas singulares que sean las prerogativas, aunque sean verdaderamente divinos los honores que me anuncias, yo no soy otra cosa que una vil esclava, una sierva despreciable del Señor; en tal caso no es posible que resista á su santísima voluntad; *fiat mihi*. Yo no podré comprender tan sublimes misterios; pero tampoco puedo dudar que así lo quiere mi Dios, y para mí es esta la obligacion mas sagrada: cualquiera que sea mi suerte, yo no debo hacer mas que ponerme en las manos del Señor, resignarme en su adorable providencia, someterme á sus leyes sacratísimas: *fiat*.

Feliz resolucion! bienaventurada respuesta! obediencia heroica! *fiat!* Ó palabra eficacísima! ó expresion infinitamente poderosa! *fiat!* Como si los cielos dependieran de la voluntad de María, se rasgan al oír esta palabra, y llenan la tierra de los brillantes resplandores de su gloria. *Fiat!* la dichosa paz y la santa justicia, desterradas del mundo por mas de cuarenta siglos, descienden al imperio de esta voz y fijan su morada entre los hombres. *Fiat!* las fuertes cadenas, con que el pecado y el infierno tenían aprisionados á los miserables hijos de Adán, se rompen al oír estas palabras, y recobran la libertad y la vida propias de los verdaderos hijos de Dios. *Fiat!* el inexpugnable muro de separacion, que habia edificado la primera culpa entre el cielo y la tierra, entre Dios y los hombres, se desploma, se allana; baja Dios á la tierra y se hace participante de nuestras miserias; y suben los hombres hasta el solio de la divinidad á gozar de sus glorias: *Fiat!*

Pero, Señor, ¿cómo es posible que mis labios agoten el mar inmenso de gracias y bendiciones, que nos ha traído ese divino Verbo que nos disteis por hermano y salvador? ¿Qué dulce consuelo, qué delicioso placer experimenta mi alma repitiendo estas expresiones! El Unigénito de Dios es propiamente nuestro hermano; y nosotros por esta conexion somos hijos del Altísimo, participantes de su naturaleza, herederos de su gloria. *O felix culpa quæ talem ac tantum meruit habere Redemptorem!* Ó excelencia suma de nuestra Religion santa! ó sublime gloria del cristianismo! ¿Nosotros, miserables pecadores, hermanos de Dios y participantes de su naturaleza! Oh! embriagada mi alma en esta dichosa meditacion, no acierta á separarla de sí. Qué honor el nuestro, cristianos! pero permitidme que

interrumpa vuestro placer, para preguntaros con el Crisóstomo, ¿qué aprecio hacéis de tan excelsa dignidad? en qué podré distingueros de los miserables infieles? Vosotros frecuentáis los mismos lugares, profesáis la misma vanidad, manifestáis el mismo lujo, buscáis las mismas diversiones, usáis el mismo lenguaje, amáis los mismos deleites, imitáis en un todo sus abominables costumbres: ni en el teatro, ni aún en el templo descubro la menor cosa que os distinga. *O rem plenam doloris atque lacrimarum!* ni aún llegáis á distingueros de las bestias, sino en que cada una de ellas suele tener un vicio particular y vosotros reuniendo los vicios de todas, excedéis incomparablemente su irracionalidad y estupidez. Aún dice mucho mas este orador elocuentísimo; pero yo no me resuelvo á repetirlo, porque me es muy difícil creer que hayáis oscurecido tanto la gloria de vuestra Religión. Ahora mismo dais pruebas nada equívocas de vuestra gratitud á las grandes misericordias del Señor. Alabanzas y bendiciones, decís todos, gracias y gloria sean dadas por todas las criaturas al Dios que tanto nos engrandece: bendito sea el Dios de Israel, que se ha dignado visitar y redimir con tanto amor á su querido pueblo: bendita sea esta gloriosa Vírgen que hizo el mayor sacrificio para conciliarnos con nuestro Dios: *Tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israël, tu honorificentia populi nostri.* Colocados bajo la proteccion de Jesus y María, les dais continuamente la gloria que se merecen; explicáis á vuestros hijos este admirable misterio; llamáis la atención de todos vuestros hermanos en estas solemnidades religiosas; y cuando mas admiran vuestro celo, les decís: « hé aquí el origen de toda nuestra felicidad: nosotros, como los ciegos gentiles, éramos enemigos de Dios, esclavos del demonio, reos de su misma condenación, incapaces de remedio; pero el Señor se compadeció de nuestra miseria, y á costa de su gloria nos ha redimido, nos une á sí con los vínculos del amor mas generoso, nos hace participantes de todas sus bendiciones y felicidades. Este es el gran misterio de las misericordias que se obra en el casto seno de María. Gloria sea dada al Dios de bondad, gloria á su bendita madre, y gloria á todos los que agradezcan é imiten su caridad por los siglos de los siglos. » Amen.

## SERMON

DE LA

## ANUNCIACION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

(DE BORDOY.)

*Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?*  
¿Cómo será esto, porque no conozco varon?

S. Lucas, c. 1. v. 34.

Nada mas grato al corazon piadoso, que el contemplar á la santísima vírgen María llena de las bendiciones divinas. Bajo de cualquier punto de vista que la contemplemos, y en cualquier período de su vida que la observemos, se nos ofrece siempre un ser puro y noble, un alma inmaculada y perfecta, un corazon excelso y candoroso, un conjunto en fin de riquezas y preciosidades, cual no es dado poder encontrar en ninguna otra criatura. María es por cierto la obra de Dios; y en ella se descubren el empeño y esfuerzos de su omnipotencia divina en hermosearla y engrandecerla. Si en lo temporal hay beneficios de orden superior, á María se conceden; si en la distribucion de las gracias hay finezas particulares y exquisitas, á María se prodigan; y si en la ejecucion de los designios de misericordia que ha formado el Señor, hay puestos elevadísimos á que pueda sublimarse una pura criatura, María es la llamada para ocuparlos. El misterio de hoy nos patentiza estas grandes verdades. Herido Dios de amor para con los hombres, quiere que su Hijo unigénito se revista de la naturaleza humana; que habite corporalmente entre nosotros, y sea para nosotros la salud y redencion. Obra grande que ha sido la espectacion de todos los